

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN AL SOFISMA  
DE LA HISPANOFOBIA

«Retrátame el que quisiere», dijo don Quijote,  
«pero no me maltrate; que muchas veces suele  
caerse la paciencia cuando la cargan de injurias».

*Don Quijote*, parte II, capítulo 59

**N**OSOTROS, los de Estados Unidos de América, que orgullosamente hemos tratado de ser paladines de los valores en que se apoya la civilización occidental, jamás hemos logrado alcanzar auténtica comprensión y afinidad con una vasta porción de esa civilización, la de habla castellana y portuguesa: y esto, pese a haber sido los pueblos ibéricos, por siglos, escudo y lanza del occidente cristiano frente al Oriente infiel y ser hoy en día el idioma español, después del inglés, el más extendido entre los de cultura occidental. Desde la segunda guerra mundial, el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos han participado en intentos de aislar a España, no sólo del mundo occidental, sino incluso del conjunto de la comunidad de naciones. Hemos también descuidado peligrosamente, o dirigido en forma incompetente, nuestras relaciones con la América Latina, a pesar de que ella constituye la mayor parte del mundo hispánico y a que ha sido piedra angular de nuestra política exterior. Y hemos ignorado, en una postura casi insultante, las justificadas pretensiones portuguesas

de obtener la consideración de aliados frente al comunismo euroasiático.<sup>1</sup>

Hace ya mucho tiempo que algunos de nuestros ciudadanos vienen advirtiéndolo que hay algo trágicamente equivocado en estos hechos, y que el abismo entre nosotros y los países hispánicos parece, con frecuencia, que lejos de estrecharse se agranda, constituyendo no sólo un gran peligro mutuo, sino también un arma poderosa para aquellos que buscan nuestro daño o destrucción. Las causas básicas de este nuestro defectuoso entendimiento con el mundo hispánico, origen de nuestra peligrosa depreciación y consiguiente abandono de esta gran comunidad cultural, están, ante todo —sin que nos hayamos dado perfecta cuenta de ello— profundamente enraizadas en el pasado.

Demasiados han sido los que entre nuestros líderes políticos e intelectuales han visto a la América Latina en términos tan simplistas como dictadura contra democracia; o como una aristocracia pequeña y blanca señoreando sobre anónimos millones de siervos indios; o como ejercicio en un vasto proyecto de salvación logrado gracias a nuestras buenas obras y a nuestra largueza pecuniaria. Tales abstracciones son absurdamente ingenuas porque carecen de perspectiva histórica. Esta especie de distorsión —un

---

1. En esta obra empleo los términos «mundo hispánico», «civilización hispánica» y otros similares para designar la totalidad de aquellas áreas en donde predominan las lenguas española y portuguesa, es decir, principalmente, la América Latina, España y Portugal.

Portugal, en virtud de una alianza centenaria con Inglaterra y por algunas de sus propias actitudes y acciones antiespañolas (además de un catolicismo no tan agresivo y un papel ciertamente menor que el que jugara España en Europa y en el mundo), ha escapado, generalmente, de los denigrantes ataques sufridos por su vecino peninsular. Sin embargo, los portugueses han sufrido indirectamente por estar, después de todo, emparentados con los españoles por sangre, historia, religión, lenguaje y costumbres. Así es que comparten la poca importancia que en general se da a las lenguas y culturas ibéricas en nuestros círculos intelectuales y en los europeos. En las siguientes páginas, pues, ha de entenderse que queda algo implicado el mundo portugués.

compuesto de nuestra educación defectuosa, de nuestras irreprimibles tendencias misioneras, de una ideología marxista, y a veces contagiada del pánico de que los comunistas en la América Latina alcanzan una estatura de tres metros— viene a ser el último eslabón en una larga cadena de errores a través de la historia. Es el fruto de habernos negado a reconocer, respetar y apreciar con simpatía las complejidades de una vasta sociedad hispano-católica-mestiza-india-negra-mulata que además de ser vital para nuestro bienestar constituye una gigantesca aportación a aquellas tradiciones culturales que anhelamos defender.

Nuestra costumbre nacional e inveterada de mirar con condescendencia y valorar con ingenuidad los acaecimientos del mundo hispánico es un hábito que arranca de nuestras escuelas elementales y se remonta y extiende hasta nuestras universidades, para llegar a la misma Casa Blanca, y tiene su origen en antagonismos ancestrales que han llegado a convertirse en prejuicios perennes, tan injustificados como peligrosos.

No es fácil discernir la profundidad de este prejuicio, especialmente si se disfraza por contingencias en cierto modo superficiales, tales como una crisis política en Argentina, una revolución en Guatemala, un episodio en Bahía de los Cochinos o el secuestro de un embajador en Uruguay. Este prejuicio desafía su propia enmienda, ya que se filtra entre muchos de nuestros maestros, escritores, intelectuales y políticos, que rigen nuestras actitudes hacia los países hispánicos, así como las relaciones entre ellos y nosotros.

El hecho de que estas preconcebidas ideas formen un complejo básicamente antiespañol, con sus raíces en un pasado lejano, es poco conocido y aún menos sopesado. (Lo español en la América Latina es para nosotros menos afín que la compasión que sentimos por el indio americano.) Y es la profundidad de tales raíces lo que las oculta de la vista de una gente para quien el sentido de historia

no pasa de consultar los titulares del periódico de ayer. Pero con frecuencia se ven las ramas y el fruto de esta actitud: desdén y abandono de la cultura hispánica; arrogancia gubernamental; condescendencia turística; un ofensivo exclusivismo social en la tendencia a «hacer colonia» en el extranjero (forma especial de *apartheid*); o una fe infantil en que podemos producir expertos sobre Latinoamérica en veinticuatro horas.

Es lamentable en extremo que los mitos de la hispanofobia en Occidente, y de modo particular en nuestro país, lleven la etiqueta de respetabilidad intelectual. Esto contrasta con prejuicios tales como el de la «supremacía blanca» o el denominado antisemitismo que, muy al contrario, no llevan tal pasaporte, por lo que es ciertamente difícil el hacerse oír sobre cuanto se encierra de falaz en la Leyenda Negra. Nuestros intelectuales, por lo general, sienten y demuestran menosprecio por la cultura hispana, atribuyéndole singular atraso. Precisamente porque esta manera de pensar ha permanecido tanto tiempo infiltrada en nuestros círculos intelectuales y en las altas esferas de la dirección política, necesita imperiosamente atención aún mayor que la que hemos otorgado a otras injusticias raciales y culturales.

Los conceptos hispanofóbicos que más han influido en la deformación del pensamiento occidental tuvieron su origen entre franceses, italianos, alemanes y judíos, y se propagaron de forma extraordinaria durante los siglos XVI y XVII, merced al vigoroso y múltiple empleo de la imprenta. A mayor abundamiento, las pasiones de la reforma protestante, mezcladas con los intereses antihispanos de Holanda e Inglaterra, contribuyeron a formar un ambiente propicio para el desarrollo del amplio y frondoso «árbol de odio» que floreció y se puso muy de moda en el mundo occidental durante la época de la Ilustración del siglo XVIII, cuando tantos dogmas de hoy tomaron forma clásica.

La escala de los héroes de la anti-España se extiende desde Francis Drake hasta Theodore Roosevelt; desde Guillermo *El Taciturno* hasta Harry Truman; desde Bartolomé de Las Casas hasta el mexicano Lázaro Cárdenas, o desde los puritanos de Oliverio Cromwell a los comunistas de la Brigada Abraham Lincoln —de lo romántico a lo prosaico, y desde lo casi sublime, hasta lo absolutamente ridículo—. Hay mucha menos distancia de concepto que la que hay de tiempo entre el odio anglo-holandés a Felipe II y sus ecos en las aulas de las universidades de hoy; entre la anti-España de la Ilustración y la anti-España de tantos círculos intelectuales de nuestros días.

La deformación propagandística de España y de la América hispana, de sus gentes y de la mayoría de sus obras, hace ya mucho tiempo que se fundió con lo dogmático del anticatolicismo. Esta torcida mezcla perdura en la literatura popular y en los prejuicios tradicionales, y continúa apoyando nuestro complejo nórdico de superioridad para sembrar confusión en las perspectivas históricas de Latinoamérica y de los Estados Unidos. Sería suficiente esta razón para inducir al profesorado y otros intelectuales a promover y favorecer cuanto contribuya a eliminar los conceptos erróneos vigentes sobre España.

Por lo general, la propaganda efectiva está dirigida por intelectuales que se entregan apasionadamente a una causa, o bien lo hacen por determinada recompensa —hombres familiarizados con los medios adecuados para moldear el pensamiento de los demás—. Esto es lo que a menudo ha sucedido con las propagandas anti-españolas, tanto en los tiempos pasados como en la actualidad. Por desgracia, esta entrega de líderes intelectuales a misiones propagandísticas, tanto en el curso de los siglos XVI y XVIII como en el XX, ha determinado con frecuencia un excesivo éxito en la santificación del error. Ciertamente es que la Leyenda Negra ha tenido detracto-

res de gran talla intelectual desde sus comienzos, pero no es menos cierto que tales refutaciones nunca han gozado del grado de difusión alcanzado por las mentiras destinadas a mover o manufacturar prejuicios populares. La erudita oposición a las falsas interpretaciones populares de los hechos históricos españoles ha estado circunscrita a círculos limitados, y el número de los bien informados sigue siendo reducido por falta de un vigoroso esfuerzo contrario.

### Sobre héroes nórdicos y villanos españoles

El mito nórdico débese no poco al hecho de que los mapas se cuelgan con el Norte en alto y el Sur abajo.

SALVADOR DE MADARIAGA<sup>2</sup>

El estereotipo del español, según nuestros textos escolares, literatura popular, cine y televisión, es el de un individuo moreno, con barba negra puntiaguda, morrión y siniestra espada toledana. Se dice que es, por naturaleza, traicionero, lascivo, cruel, codicioso y absolutamente intolerante. A veces toma la forma de un encapuchado inquisidor, malencarado. Más recientemente, y con menos acritud, se le ha presentado como una especie de astuto, escurridizo, semidiabólico y donjuanesco «gigoló». Pero sea cualquiera la descripción que de él se haga, lo más frecuente es que se le presente contrastándolo con el «ego» nórdico.

El conflicto histórico y literario entre el héroe nórdico y el villano español, tan popular en el mundo de habla inglesa, que se remonta a la época de Francis Drake y de la Armada Española, ha moldeado en nosotros, al igual que en nuestros mayores, una

---

2. Citado por John Tate Lanning en «A Reconsideration of Spanish Colonial Culture», *The Americas*, I (octubre, 1944), p. 167.

firme fe en la superioridad nórdica. Aquel villano español de la obra continúa personificando las perversidades de la iglesia católica-estatal; la barbarie de la conquista del Nuevo Mundo, y un genérico concepto de inferioridad moral-físico-intelectual, en contraste con las virtudes de los nórdicos.<sup>3</sup>

Desde los libros de texto a las novelas de capa y espada y viceversa, a los villanos españoles raramente se les concede una oportunidad frente a los héroes nórdicos. Tal vez sea mejor, pues al contrario de las creencias populares, el auténtico español, especialmente en su apogeo imperial, fue un soldado y diplomático de primera clase, con muchas victorias en su haber; podría significar una gran desilusión para nuestros escolares y público el conocer cuán a menudo desbarató los planes de nuestros antepasados anglosajones. Vayan como prueba unos pocos ejemplos: la derrota de Juan Aquines (John Hawkins) y Francis Drake en Veracruz (México) en 1568; la airosa defensa de Cartagena de Indias contra la flota de Lord Vernon en 1740; la derrota por los hispano-argentinos de dos intentos sucesivos de invasión inglesa en 1806 y 1807; el fracaso del proyecto de Cromwell contra las Indias Españolas, en contraposición con sus grandes objetivos, y un éxito general al mantener, e incluso aumentar, sus dominios americanos no sólo contra los ingleses, sino contra cuantos les amenazaron y atacaron.

Así es que para describir el estereotipo español, los datos de nuestra literatura están normalmente cargados. ¿Quién, pongo por caso, oyó alguna vez comentar la humanidad y buenos modos de los conquistadores españoles, con independencia de que tuvieran vicios y virtudes iguales o parecidos a los ingleses de su época, como Enrique VIII

---

3. Véase en la bibliografía, un sumario de la película *The Spanish Main*, la cual contiene la mayor parte de los clichés generalizados. Véase también el capítulo VII para conceptos parecidos en nuestros materiales educativos.

e Isabel I? (Walter Raleigh fue, en realidad, un tipo renacentista español vestido a la inglesa.) O, por casualidad, ¿pudo haber detrás de aquella siniestra espada toledana un auténtico héroe, honrado y generoso? (Un par de excepciones curiosas pueden hallarse en mi bibliografía.) ¿Es posible que existiera un inquisidor español de cultura, justicia y humanidad? ¿O tal vez un bizarro capitán de marina española, generoso y caballero en su victoria, digamos, sobre un inglés?

Acompañando a este villano hay otros personajes literarios igualmente estereotipados tales como la figura del «buen fraile», un misionero sentimentalmente eficaz en revelar los defectos de los otros españoles. Estos padres son una especie de eco continuado del defensor de los indios, fray Bartolomé de Las Casas, y posiblemente reflejan el hecho de que una gran parte de la historia de España en América fue escrita por clérigos que no tuvieron reparos al criticar a soldados, capitanes u otros oficiales seculares con quienes estaban en desacuerdo.

También encontramos al hacendado implacable, tiránico y duro de corazón, y al escurridizo, traidor y «grasoso» mexicano (el epíteto en inglés «greaser»), que simbolizan, en cierto sentido, la depravación española y que han ganado una considerable popularidad en los escenarios de Hollywood y particularmente en las películas de *cowboys*. Sirva de ejemplo la siguiente descripción: «[...] ella ordenó que viniese el mexicano, y al punto se presentó un ignominioso ejemplar de su raza, escurridizo y servil, de ojos amarillentos y con incrustaciones de nicotina en su mismísima alma» (Max Brand, *Destry Rides Again*, p. 69).

Otro tipo clásico es el del bandolero, guerrillero duro y feroz y testimonio de que los españoles sólo son aptos para la lucha de guerrillas y que por ello la península ha sido singular semillero de bandidos. La obra de Ernest Hemingway *Por quién doblan las campanas*, y después la película, ayudaron a actualizar el eco del

guerrillero español, aunque suavizándolo con simpatías políticas y con Ingrid Bergman.

El tradicional y ficticio villano español está sobrepasado en sus tintas por lo grotesco de la literatura de viaje que toca a España y a su pueblo. Esta clase de deformación comenzó a últimos del siglo xv y a principios del xvi, cuando los viajeros italianos y algunos otros comenzaron a crear el tipo español racialmente inferior, tenebroso, traicionero y excesivamente arrogante.

Los compatriotas de Maquiavelo manuscibieron las primeras narraciones de viajes en España, extensamente divulgadas, iniciando así el hábito de exagerar y deformar sus costumbres a base de conocimientos superficiales. Estas prácticas se manifestaron en expresiones como éstas: «Son miserables y [...] consumados ladrones [...] no tienen aptitudes para la literatura [...] En apariencia son religiosos, pero en realidad no lo son [...] Son tan descuidados en lo que respecta al cultivo de la tierra y tan lerdos para las artes mecánicas, que lo que en otros lugares se haría en un mes, ellos lo hacen en cuatro».<sup>4</sup>

Los famosos embajadores italianos que hicieron tales comentarios en la época en que los españoles entraban en su Edad de Oro imperial y cultural, iniciaron la costumbre de hacer observaciones desfavorables, que aún continúa en la actualidad. «Estos relatos, traducidos al francés y al inglés, contribuyeron poderosamente a crear una imagen fantástica de España y de los españoles, pues aun teniendo bastantes cosas ciertas, contenían también bastantes exageraciones.»<sup>5</sup>

---

4. Del *Viaje a España de Francisco Guicciardini, embajador de Florencia ante el Rey Católico*, traducido y editado por José María Alonso Gamo (Valencia, 1952), p. 57.

5. Julián Juderías, *La Leyenda Negra: Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, 13.<sup>a</sup> edición (Madrid, Editora Nacional, 1954), p. 161. Este trabajo fue publicado por primera vez en forma de libro en 1914.

Las desfiguraciones en las narrativas extranjeras alcanzaron tal dimensión a últimos del siglo XIX, que al famoso novelista español Juan Valera le movieron a zaherir con amargos sarcasmos a los que se habían tragado los ridículos estereotipos de su país:

Cualquiera que haya estado algún tiempo fuera de España podrá decir lo que le preguntan o lo que dicen acerca de su país. A mí me han preguntado los extranjeros si en España se cazan leones; a mí me han explicado lo que es el té, suponiendo que no lo había tomado ni visto nunca, y conmigo se han lamentado personas ilustradas de que el traje nacional, o dígame el vestido de majo, no se lleve ya a los besamanos ni a otras ceremonias solemnes, y de que no bailemos todos el bolero, el fandango y la cachucha. Difícil es disuadir a la mitad de los habitantes de Europa de que casi todas nuestras mujeres fuman, y de que muchas llevan un puñal en la liga. Las alabanzas que hacen de nosotros suelen ser tan raras y tan grotescas, que suenan como injurias o como burlas.<sup>6</sup>

Un escritor de finales de siglo se lamentaba de que la mayoría de los viajeros a España nunca se tomó la molestia de informarse sobre el país antes de visitarlo, o de aprender algo de su idioma, cosas tan indispensables para comprender sus costumbres.<sup>7</sup> Ambas observaciones pueden aplicarse todavía; últimamente tenemos al turista gracioso, con afición a los toros, que pretende ilustrarnos sobre cosas de España, tras las huellas de Hemingway y Barnaby Conrad. Los «hinchas taurinos» han infestado la península durante algunos años; ¡si ve usted venir a alguno, escóndase y rece para que no venga a escribir un libro sobre España!

---

6. «Del concepto que hoy se forma de España», en *Obras completas*, XXXVII, p. 289 (citado en Juderías, p. 27).

7. Juderías, p. 158.

Hay otros pueblos y naciones que tienen que soportar «tipismos» clásicos y caricaturas nacionales o raciales, pero sufrir a un tiempo una historia deformada intencionadamente y un tipo de literatura para viajeros sobrecargada de ofensas, ha correspondido a España en medida, por cierto, superior a sus merecimientos. Sería menos malo si esta mezcla de prejuicios consistiera sólo en el enamorado andaluz, lánguidamente romántico, con guitarra bajo el balcón, o en un Tyrone Power torero, pisando la sangre y arena de Hollywood o en una Carmen apasionada y trágica con navaja en la liga. Algunos españoles, en realidad, se quedaron un poco perplejos cuando vieron a *Carmen Jones*; ya se habían acostumbrado, con resignación, a la advenediza Carmen de Bizet, y pensaron que la extravagante versión achocolatada había ido demasiado lejos pero, tomándose lo a broma, sacaron el mejor partido de ello: «[Carmen] ya no nos pertenece, ni aun como hermana adoptiva. Aunque, si bien lo pensamos, ¿qué es esta Carmen Jones, negra bellísima, sino una muestra y una prueba más del poder expansivo y universal de lo español? Auténtica o importada, la españolada puede contagiar a otras razas y ambientes» (*ABC*, Madrid, 6 de mayo de 1955).

Si las caricaturas clásicas se redujeran al tacaño escocés, al francés faldero, al judío usurero, al coronel Blimp, la «nana negra» o al bocazas yanqui en tierra extranjera, podríamos calificarlo de entretenimiento inocente y dejarlo estar, pero algunas deformaciones están tan cargadas de odio e insultos ofensivos que el daño que producen es demasiado grande para tomárselo a broma o repararlo. En grado semejante sufrimos las noticias tendenciosas de *Pravda* e *Izvestia* sobre nosotros y nuestra historia, como aquellas exageraciones relacionadas con linchamientos de negros, guerra bacteriológica en Corea, versiones del martirio de los Rosenberg, o las aberraciones poéticas de Yevtushenko, que sacan partido de

la tragedia universitaria de Kent State, delineando ante el mundo una imagen de los Estados Unidos aceptada por muchos indiscriminadamente. Algo similar sucede con la insidiosa literatura antiyanqui en Latinoamérica que, durante más de medio siglo, ha contribuido mucho al agriamiento progresivo de las relaciones entre las dos Américas, creando una caricatura de nuestra nación de carácter injurioso y de amplia difusión. Al igual que ocurrió en los siglos de difamación de España, sucede ahora con el concepto que nuestros vecinos del sur tienen sobre nosotros, que no es otra cosa que un brebaje venenoso, en cuya composición entran verdades, medias verdades, propaganda, prejuicios y conveniencias políticas fácilmente explotadas por nuestros enemigos jurados. Más que dólares, necesitaríamos inteligencia para contrarrestar los efectos de esta «Leyenda Negra» que nació entre la intelectualidad latinoamericana y que sigue perpetuándose por sus propios autores.

Al judío, a quien le interesa la justicia histórica, y que quizá esté todavía amargado por el veneno del famoso *Protocolos de los Sabios de Sión* o más recientes propagandas anti judaicas, le costaría poco esfuerzo comprender lo que ha sufrido España, aunque sus correligionarios hayan contribuido mucho a la difamación de ella.<sup>8</sup> Una desapasionada reflexión sobre la naturaleza del daño hecho a nuestra psicología nacional por los tipos creados en Hollywood del arrogante y perverso oficial alemán, que siempre resulta burlado por esos magníficos individuos del servicio de inteligencia británico o americano, facilitaría buenos ejemplos para cualquier ponderado ensayo sobre la infamación propagandística de Felipe II y sus vasallos.

---

8. Véase especialmente el capítulo III, para algunos comentarios sobre el origen de la hispanofobia judía; y los capítulos IV y V, para algunas referencias sobre las acciones judías contra España. Debo este paralelismo al perceptivo artículo de Carlos Dávila, «The Black Legend», *Américas*, I (agosto, 1949), pp. 12-15.